

TESTIMONIO

Conocer (¿en persona?) a Neruda

WALDO ROJAS

Université de Paris, La Sorbonne

El domicilio había sido brutalmente allanado en las primeras horas del golpe militar de 1973, y mi esposa y yo habíamos encontrado refugio, cortados del mundo, en casa de familiares. Dado el clima de violencia intimidatoria del momento, agraviado en mi caso particular por la experiencia del allanamiento, sin contar con el estado de abatimiento y desencanto en que nos sumían los acontecimientos, me digo ahora que de haber sido advertido a tiempo probablemente tampoco habría reunido todo el denodado esfuerzo para sumarme al cortejo desfilante, formidable, de esa manifestación emblemática de culto popular que fue el funeral de Neruda. Más que como un raptio activo de la fuerza lo he lamentado desde entonces como una oportunidad ínfima —e íntimamente perdida— de haber aportado mi grano de arena a la afirmación de la dignidad de la poesía ante la ignominia ambiente.

Del Neruda en vida mi experiencia, nódica y todo, es de otro orden de cosas. Nuestra generación de poetas, así llamada "de los años 60", no sólo no se mostraba hostil hacia los poetas mayores, como sucedió con frecuencia con las jóvenes generaciones de poetas en otros países latinoamericanos, sino que se reconocía en la conciencia común de surgir en el momento de una larga y venerable tradición poética, asumiéndola en sus márgenes y herencias, sin pugna con ella ni beligerancia jocosamente contra sus figuras mayores. Nada nos indisponía entonces frente a la posibilidad de un acercamiento sin veneraciones ni adhesiones incondicionales a la persona de sus representantes egregios. De hecho, la mayor parte de dichos jóvenes había tenido ocasiones de algún encuentro con el Vate. Pero en el caso de la continuidad del mismo, los obstáculos para un mayor acercamiento creaban sobre todo de ceder práctico. Su misma celebridad imponía la cautela de mantener ciertas distancias, más que discretas autocensuras, con el prójimo. (Las familiaridades y tanto desconciatos de cierto carácter novelesco con el Vate son parámetros imaginarios y sin coincidencia alguna con la vida real...).

Sin embargo, aunque yo creaba entre mis relaciones más cercanas con buenos amigos del Vate por cuyo intermedio me habían sido

obviados muchos de esos obstáculos (salvo mi lamentable poder a emprender el primer paso), nuestro primer encuentro no ocurrió por iniciativa mía.

Fue en los primeros meses de 1966. Compartía yo mis horas de estudios universitarios con un puesto de redactor y traductor del *Boletín de la Universidad de Chile*, junto a su director, Enrique Bello, amigo, si lo había, y camarada de partido de Neruda, y al lado de Jorge Teillier, co-terráneo suyo y uno de los poetas más jóvenes de su generación más cercanos al Vate, lo mismo que Efraín Barquero. Es el caso que el poeta Héctor Arce, amigo de juventud de Neruda, y por entonces su secretario privado, nos había entregado un ensayo sobre la personalidad y la obra de Rosamel del Valle, fallecido recientemente. Además de publicar dicho trabajo, por lo demás notable, la revista le había ofrecido editar el texto en separado, encuadrado con primer según arriba diseño de Teillier. Como la aparición del impreso tardaba más de la cuenta, la impaciencia de Florencia fue también la de Neruda, quien con humor nos propuso —todo esto por teléfono— crear el movimiento "separatista" para hacer presión sobre las instituciones universitarias. Visto como se lo alabó del "separatismo", el cuadernillo apareció finalmente y fue celebrado como se debe un documento de primavera en Lila Negra, con un largo abrazo según la usanza y ritos del dueño de casa y con la presencia en pleno del equipo del *Boletín* más algunos viejos amigos del poeta. Entre estos recuerdo a Rolando Cárdenas y al crítico literario ecuatoriano Robert Prap-Blitz, de paso por Chile, quien dos lustros más tarde, en Budapest, me recordaría con afán de detalles aquella misma ocasión. Tal fue mi primer encuentro personal con Neruda.

Semanas más tarde, al llegar a la oficina del *Boletín*, Enrique Bello me informa con todo énfasis que debo esperar en el transcurso de esa misma mañana un llamado telefónico de Neruda, que no tardó en producirse. En buenas cuentas, Neruda me hacía partícipe de su proyecto personal de conmemorar con un acto público de cierta envergadura los 51 años de la muerte de Federico García Lorca. Tenía prevista la intervención de Nicanor Parra y Jorge Teillier, junto a un

elenco de grandes actores y músicos. "Falta aún un poeta joven y quiero que escribas un poema que leas junto conmigo esa día...", me expuso, dejándose políticamente sin posición antes de despidirse y colgar el teléfono.

Más atónito que halagado, pálido, intenté apelar a los buenos oficios de Enrique Bello para que intercediera ante el Vate y le explicara que yo no me sentía a la altura de un tal desafío, que en mi breve carrera de poeta joven nunca había escrito una sola línea por encargo ni estaba seguro de poder hacerlo con la dignidad requerida. Con su gentileza habitual, Enrique Bello se dio todo su tiempo para disuadirme de mis vacilaciones y, finalmente, me ocurrió entender que "a Pablo no podemos decirle que no...". Como modelo de aliento, y en su calidad de director de la revista, me concedió un mes de licencia para trabajar en casa o adonde yo quisiera en la composición del, para mí, inquietante poema, vuelto desde entonces un obsesivo tanto más paralizante cuanto que Neruda me llamaba regularmente para cerciorarse de los avances de mi escritura. Corría el fin de agosto y el acto debía tener lugar a comienzos de octubre. No impide que una semana antes de esa fecha yo era todavía incapaz de lograr el primer verso junto con asegurarlo cada vez a Neruda que todo iba por buen camino.

Pero el día del homenaje yo tenía en el bolsillo, resignado a todo, mi poema —página que pesa a mis deseos dado que se contará un día entre las mejores de mi obra—. Horas antes del acto, el teatro Aurora Viena, que había acogido poco antes la puesta en escena de *Pulquer y muerte de Joaquín Mariño*, se hallaba repleta de público hasta el final de entrada y parte del pasaje interior del edificio. Detrás del escenario, junto a Neruda y Nicanor se hallaban los actores de la Compañía de los Cuatro, formada por los hermanos Durvauchelle, además de Roberto Parada y María Mahamde, entre otros artistas, todos en espera de la llegada de Teillier.

Conociendo los hábitos volátiles del poeta como Lantzo, Neruda me había encomendado encargadamente la responsabilidad de asegurar su presencia. Yo había hecho lo humanamente posible, no despidiéndome de su lado en toda la mañana y parte de la tarde, con la intención de llegar juntos al local del teatro universitario. Pero Jorge se me había eclipsado en un momento de desmayo. Todo estaba listo y dispuesto y el momento de comenzar el espectáculo ya se había cumplido con otros sin que Jorge asomara ni cerca de los. Neruda, que se pasaba nervioso tras la escena y agitaba en mi dirección, me dio en buena medida en serio, un índice acunador, tri-

Conocer (¿en persona?) a Neruda [artículo] Waldo Rojas.

AUTORÍA

Rojas, Waldo, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Conocer (¿en persona?) a Neruda [artículo] Waldo Rojas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile